

Notas de investigación

Notas sobre la generación de información para estudios de movilidad social

*Fernando Cortés
Patricio Solís*

Introducción

ESTAS NOTAS SE ENMARCAN EN EL ÁMBITO DE UN PROYECTO de investigación que se está elaborando actualmente en el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, sobre las tendencias recientes y la situación que prevalece hoy día en la estratificación, la desigualdad y la movilidad social en México. Nuestro propósito es presentar para su discusión algunas ideas iniciales en torno a las necesidades de información que derivan de este proyecto.

La nota comienza con una breve exposición metodológica en torno al proceso de producción de información. Luego se presenta una introducción del marco analítico en el que proponemos estudiar la movilidad social. Por último, se concluye con una descripción de las características de los datos que se requieren para llevar a cabo un proyecto de esta naturaleza.

Medición y generación de datos

El proceso de producción de información en ciencias sociales pareciera ser un tema simple e inocuo. Sin embargo, los avances logrados por la metodología, las técnicas de investigación y la estadística social a lo largo del siglo xx,

han hecho ver que estos pareceres son erróneos. Por una parte, el tema dista de ser simple —el avance del conocimiento en dichas áreas disciplinarias ha desentrañado las complejidades de dicho proceso—; por la otra, la información o su transformación en dato lleva a plantear las complicaciones que derivan de las relaciones entre el dominio de lo teórico y el de lo empírico, pues en la vinculación entre ambos tienen un papel crucial los aspectos de confiabilidad y validez. De hecho, si el dato no es confiable ni válido se rompen los vínculos con los conceptos, y de este modo se pierde la relevancia conceptual de lo empírico. Se cae en la esquizofrenia de la investigación (la teoría va por un lado y los datos por otro), lo que suele ser bastante frecuente en nuestro medio.

Una mirada retrospectiva sobre el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina hace ver que fue en los años sesenta cuando se tomó plena conciencia de algunos avances técnico-metodológicos que tienen especial relevancia para separar e identificar los diferentes elementos que participan en la generación de la información y la posterior construcción del dato.

Por una parte, desde Europa y más específicamente de Francia nos llegó el *dictum* “el dato se construye”, en cuya construcción intervienen categorías teóricas, conceptos metodológicos y conocimiento técnico (Cortés, 1991; Cortés y Tudela, 1987). Hasta ese momento predominaba o bien la noción empirista radical, que sostenía que el dato estaba dado y que por lo tanto bastaba recogerlo —como quien recoge manzanas—, o bien el operacionalismo extremo, que argumentaba que los conceptos teóricos se reducen a lo que se mide —la inteligencia es lo que mide un *test* de inteligencia, se sostenía—. A pesar de que esta era la corriente dominante, en los rincones de las ciencias sociales de la región habitaban quienes abogaban a favor de la idea de que el dato se construye; pero eran una franca minoría.

La idea del dato como producto de una construcción compleja, en cuya producción intervienen argumentos teóricos, metodológicos y técnicos, se constituyó, desde pasado 1968 y hasta comienzos de los setenta, a partir de una idea-fuerza que se materializó en organizaciones de científicos sociales. Tal fue el caso del programa impulsado conjuntamente por la Escuela Latinoamericana de Sociología de la Flacso (ELAS) y el Centro Latinoamericano de Demografía (Celade), denominado “Programa ELAS Celade” (Proelce). También bajo esta óptica se fundó —como reacción al intento de Naciones Unidas por generar un sistema uniforme de estadísticas sociales y demográficas equivalente al Sistema de Cuentas Nacionales, basado en la teoría de la estratificación social cuando en las ciencias sociales predominaba el marxismo— el grupo de trabajo Estadísticas Sociales y Demográficas en el seno del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) (Cortés, 1991).

Por otra parte, en Estados Unidos, Hubert Blalock publicaba —en un libro coeditado con Ann Blalock— un trabajo sobre la medición en el ámbito de las ciencias sociales, que desde nuestra perspectiva dio origen a una revolución silenciosa y de onda larga, pues apenas ahora se están percibiendo con claridad las ideas ahí planteadas y desarrolladas. Tal revolución tuvo como elemento central proporcionar un nuevo concepto de “medir” que refleja con claridad y precisión el sentido de esta operación en las ciencias sociales. Antes de que se publicara ese trabajo predominaba en la concepción de los científicos sociales —aunque no necesariamente en la práctica de la investigación— la noción de medir acuñada en el seno de las ciencias naturales, según la cual medir consiste en “asignar números a los objetos o sus propiedades”. Tal vez no está de más señalar que aún hoy tal concepto goza de muchos adeptos. Una de las ideas centrales que plantea Blalock en su interesante trabajo —pertinente a los propósitos de esta nota— es que en las ciencias sociales la medición consiste en “hacer observables conceptos inobservables” (Blalock, 1968).

La propia concepción de *medir* que surge de la fragua de la investigación de las ciencias sociales tiene algunas consecuencias importantes que se relacionan directamente con nuestro tema de interés:

- i) Acaba con la discusión que divide a las ciencias en dos grupos: las que miden y las que no lo hacen —en las ciencias sociales no necesariamente se asignan números a los objetos o sus propiedades—. Tanto en la experimentación como en la observación —procedimientos “educados” para obtener información del objeto de investigación— el investigador hace observables los conceptos teóricos. En ciencias sociales la mayoría, si no la totalidad de los conceptos que suelen emplearse, son inobservables.
- ii) Reduce la operación metodológica “operacionalización” al tema de la medición, que por supuesto es de carácter mucho más general. Queda así superado el influyente artículo de Lazarsfeld “De los conceptos a los índices empíricos” (Lazarsfeld, 1973).
- iii) Localiza la medición en el campo de la teoría, ya no sólo en vinculación con los conceptos de Lazarsfeld. Esta idea fue desarrollada en un trabajo posterior de Blalock que dio origen a un libro poco conocido en América Latina intitulado *Conceptualization and Measurement in the Social Sciences* (Blalock, 1982).

La conjunción de las dos ideas —1) que medir es una operación metodológica y, 2) que el dato se construye—, aplicadas al campo de la movilidad

social, nos lleva a profundizar en el contenido teórico y metodológico de este concepto.

La propuesta conceptual

En consonancia con las ideas metodológicas expuestas en la sección precedente, en cualquier investigación sobre movilidad social es necesario plantearse el problema de cómo hacerla observable, es decir, cómo debe medirse. Para construir el o los datos que den respuesta a nuestras preguntas de investigación se requiere dilucidar el significado del concepto “movilidad social”; esto quiere decir, en otros términos, que habrá que darle una referencia o connotación y un sentido o denotación (Bunge, 1996:55).

De acuerdo con la teoría de la significación de Bunge (1996:49-57), para que un concepto sea significativo se debe especificar su clase de referencia (o connotación) y su sentido (denotación). La clase de referencia está formada por los objetos a los que alude el concepto —en los estudios de movilidad social éstos suelen ser personas que satisfacen una edad criterio—, mientras que el sentido está dado por los conceptos antecedentes y consecuentes que forman parte de la teoría en que está inserto.

Nuestra propuesta es que el concepto de movilidad social adquiere pleno sentido en el campo teórico de la estratificación social; es en éste donde se encuentran los elementos conceptuales necesarios para medir apropiadamente el concepto inobservable de movilidad social. Dentro de este cuerpo teórico se le puede atribuir significado pleno al concepto y al mismo tiempo delinear las características de la información de base, así como las operaciones que deben realizarse sobre ella para generar los datos necesarios para caracterizar el proceso de movilidad social y someter a validación las hipótesis centrales de la investigación.

Estos conceptos se especifican en el marco de los procesos históricos que ha vivido la mayoría de los países de América Latina, donde México no es la excepción. A partir de la década de los ochenta del siglo pasado, la mayoría, si no la totalidad de los países de la región, transitó de un modelo de desarrollo orientado hacia adentro a otro vuelto hacia afuera, cuyo propósito central fue y ha sido insertarse en la globalización. Las medidas para superar las crisis vividas durante esos años siguieron de cerca, cuando no textualmente —aunque con distinto ritmo y variedad dependiendo del país— el decálogo original del Consenso de Washington (Williamson, 1990). En la actualidad están vivas las discusiones acerca de la “imperiosa necesidad” de aplicar las “recetas” de segunda o tercera generación para retomar la senda del crecimiento económico (Kuczynski y Williamson, 2003).

Dejando a un lado detalles y discusiones periféricas a nuestro interés, proponemos como tesis central que “el cambio estructural” vivido por nuestros países en el pasado reciente, a raíz del influjo del Consenso de Washington, tiene que haber modificado la estratificación social y los patrones de movilidad social.

Esto querría decir que no sólo se deben de haber alterado cuantitativamente los flujos de personas que se mueven de una a otra categoría, sino también el sentido que debe adscribirseles. Por ejemplo, cualitativamente el tránsito intergeneracional de peón agrícola a empleado en la década de los treinta del siglo XX puede entenderse como diferente al mismo movimiento pero ocurrido a comienzos del siglo XXI; o en los años cincuenta del siglo pasado ser profesionalista con padre obrero comparado con la misma circunstancia en los primeros años de este siglo. Si bien difícilmente encontraremos discrepancias sobre cómo valorar estos ejemplos, pues corresponde a nuestra experiencia de vida, es harina de otro costal proporcionar una justificación razonada. Una manera de darle sentido es localizar los hechos dentro una teoría.

Nuestra aproximación teórica no se limita a considerar los estratos como las partes constitutivas de la pirámide social, sino como componentes de un *sistema de estratificación*, el cual a su vez se refiere a un complejo de instituciones sociales que generan desigualdades de varios tipos. Los elementos componentes de tal sistema son: 1) los procesos institucionales que definen ciertos tipos de bienes como valiosos y deseables, 2) las reglas de asignación que distribuyen estos bienes mediante varias posiciones u ocupaciones en la división del trabajo (por ejemplo, doctor, agricultor o “ama de casa”) y, 3) los mecanismos de movilidad social que ligan a los individuos a las ocupaciones y por lo tanto otorgan desigual control sobre los recursos valiosos (Grusky, 1994).

De acuerdo con esta perspectiva la desigualdad se produce por dos tipos de procesos: primero, a los trabajos, las ocupaciones y los roles sociales se les asocian “paquetes de recompensas” de valor desigual; segundo, los miembros individuales de la sociedad son asignados a las posiciones y de este modo se definen las recompensas que reciben. El primer tipo de procesos engloba el análisis de la desigualdad en los logros educativos, en la distribución del ingreso, en el acceso a las ocupaciones, en la pobreza, etc.; el segundo tipo de procesos incluye los temas de movilidad social. Por lo general, las investigaciones sobre desigualdad, pobreza y movilidad se realizan con una perspectiva centrada en cada tema en particular, de ahí que se pierda la mirada de conjunto que otorga la visión sistémica. Por otra parte, hay que señalar que es muy poco lo que se sabe de los procesos sociales que hacen que algunos bienes sean valiosos.

No es nuestro propósito reseñar en esta nota la teoría ni desarrollar sus detalles, sino tomar pie en estas consideraciones conceptuales para argumentar que el estudio de la movilidad social no se puede plantear desligado del análisis de la estratificación ni de la desigualdad social. El planteamiento es mucho más sugerente cuando se considera que el esquema conceptual puede ser útil para delinear una agenda de investigación comparativa sobre los cambios en la estratificación y la movilidad social en México, pero no excluye la posibilidad de extenderlo a América Latina.

El primer eje de esta agenda sería identificar los “procesos institucionales que definen ciertos tipos de bienes como valiosos y deseables”, procesos que suelen modificarse a lo largo del tiempo. Examinemos esta idea con un poco más detalle.

Lo primero que habría que destacar es que los bienes o activos valiosos pueden ser de muy distinta índole. Se pueden agrupar en *económicos* (propiedad de la tierra, fábricas, prácticas profesionales, negocios, activos líquidos, etc.), *políticos* (autoridad en distintos espacios); *culturales* (consumo conspicuo, buenas maneras, estilos de vida privilegiados), *sociales* (capital social de alto estatus, relaciones sociales, membresía en asociaciones, clubes y sindicatos), *honoríficos* (prestigio, buena reputación, deferencia, fama, pureza ética y religiosa), *ciudadanos* (derechos civiles, políticos y sociales) y, finalmente, *humanos* (destrezas, habilidad en el trabajo, experiencia, educación formal, conocimiento).

En segundo lugar, hay que considerar que la definición de los activos que se consideran más valiosos es un producto histórico, y como tal no sólo puede cambiar a lo largo del tiempo para una misma sociedad, sino también puede ser diferente en distintas sociedades. Es probable que las sucesivas crisis que han experimentado los países de América Latina durante los últimos treinta o cuarenta años, aunadas a los procesos sociales que desencadenaron los procesos de cambio estructural, hayan inducido modificaciones de esta naturaleza en la mayoría si no en la totalidad de los países de América. Si esto fuese así y se realizara un estudio comparativo de estratificación —ya fuera en el tiempo o entre países— quedaría claro que, aun cuando “las reglas del juego” de la estratificación pudieran ser las mismas, lo que “estaría en juego” podría ser distinto.

El segundo eje de la agenda sería avanzar en el entendimiento de “las reglas de asignación que distribuyen estos bienes mediante varias posiciones u ocupaciones en la división del trabajo”. Tradicionalmente, estas ocupaciones sociales han sido asimiladas a las posiciones en la estructura ocupacional y, en algunos casos, a la escolaridad. Hay elementos para suponer que los cambios estructurales de las últimas décadas en América Latina también han

alterado la significación de las jerarquías ocupacionales y educativas. En este sentido, la nueva agenda de estudios de estratificación social debería permitir que se establezca si las instituciones que tradicionalmente regularon el acceso a los bienes valiosos (es decir, el mercado de trabajo y la escuela) han perdido esta capacidad “distribuidora”, y si es así, determinar cuáles son las nuevas jerarquías e instituciones que regulan la distribución de activos.

El tercer eje de la agenda sería caracterizar los “mecanismos de movilidad social que ligan a los individuos a las posiciones y por lo tanto otorgan un control desigual sobre los recursos valiosos”. Sería necesario plantear al menos dos perspectivas de análisis: una longitudinal, para así establecer la forma en que los cambios estructurales de las últimas décadas alteraron los patrones de movilidad social, y una transversal, para evaluar hasta qué punto nuestras sociedades actuales difieren o no en el grado de apertura de sus sistemas de estratificación social.

Por último, un cuarto eje consistiría en el análisis de los procesos específicos que conducen a los cambios en el tiempo y las diferencias entre regiones en la movilidad social. Aquí se ha mencionado ya que el cambio estructural es una de las variables explicativas fundamentales, pero también es necesario considerar la incidencia de otros fenómenos, como los cambios en los entornos institucionales que regulan el acceso y la permanencia en la escuela y el trabajo, las tendencias demográficas y las especificidades de los procesos de desarrollo locales y regionales.

Los datos

Pocos campos en la sociología actual tienen tal viveza teórica, metodológica y empírica como el de la estratificación social. Como se dijo antes, la intención aquí no ha sido profundizar en las cuestiones teóricas, sino ofrecer algunos ejes conceptuales que permitan discernir qué clase de datos se requieren para emprender un estudio sobre la estratificación y la movilidad social en México, además de considerar la posibilidad de hacerlo extensivo a América Latina.

Concluimos con dos propuestas sobre las características de los datos que serían necesarios para avanzar en una agenda de investigación como la que planteamos, tomando en cuenta que interesa analizar la evolución de la estratificación y la movilidad social a lo largo del tiempo.

En primer lugar, no está de más apuntar que deben ser datos actualizados y comparables. En México no contamos actualmente con datos de esta naturaleza y, por lo que sabemos, tampoco se hallan en el resto de los países de América Latina; por lo que para realizar el estudio será necesario levantar

una serie de encuestas en hogares, diseñadas expresamente para analizar la estratificación y la movilidad social con representatividad a nivel regional.

En segundo lugar, la información deberá organizarse en torno a los ejes analíticos apuntados con anterioridad. En este sentido, los nuevos datos deberán dar cuenta de los siguientes procesos:

- a) *La distribución de los distintos tipos de activos entre los individuos en cada sociedad específica.* Está claro que los activos económicos son de gran importancia, pero un análisis sociológico más riguroso deberá considerar otros tipos de activos, como el prestigio, el capital político y el capital social. Por otro lado, contar con información de esta naturaleza puede ser de gran utilidad para avanzar en el estudio comparativo de otros fenómenos ligados a la estratificación social, como la pobreza y la distribución del ingreso.
- b) *La identificación de las posiciones sociales que delinean la distribución de "paquetes de recompensas" en cada sociedad.* Habrá que contar con información para responder a dos tipos de preguntas: primero, saber si las clasificaciones de ocupaciones tal como se las utiliza tradicionalmente son aún discriminantes en términos de la distribución de activos, o si no es así, determinar qué tipo de ajustes deben realizarse a las mismas. Segundo, establecer hasta qué punto las clasificaciones ocupacionales o por nivel educativo siguen siendo útiles para delinear la desigualdad social, y si es necesario redefinir el espacio de posiciones sociales mediante otros criterios de clasificación.
- c) *Los mecanismos que ligan los individuos a las posiciones sociales.* Es decir, la movilidad social propiamente dicha. Debido a que las definiciones conceptuales no son independientes de las metodologías y las técnicas de captación y, por consiguiente, tampoco de los resultados empíricos, en este punto será muy importante partir de definiciones precisas en torno al tipo de movilidad social que se pretende medir. Así, cuando menos habrá que generar información que permita obtener medidas comparables de la movilidad intergeneracional e intrageneracional, así como de la movilidad absoluta y relativa.

Recibido y revisado: mayo, 2006

Correspondencia: El Colegio de México/Centro de Estudios Sociológicos/
Camino al Ajusco núm. 20/Col. Pedregal de Sta. Teresa/C. P. 10740 México,
DF/tel.: 54 49 30 00 ext. 4111/54 49 30 63/fax: 56 45 04 64/correo electrónico
F. C.: fcortes@colmex.mx; P. S.: psolis@colmex.mx

Bibliografía

- Blalock, Hubert M. (1982), *Conceptualization and Measurement in the Social Sciences*, Beverly Hills, Sage.
- (1968), “The Measurement Problem: A Gap between the Languages of Theory and Research”, en H. M. Blalock y Ann Blalock (eds.), *Methodology in Social Research*, Nueva York, McGraw-Hill, pp. 5-27.
- Bunge, Mario (1996), *Finding Philosophy in Social Science*, New Haven, Yale University Press.
- Cortés, Fernando (1991), “La perversión empirista”, *Estudios Sociológicos*, vol. IX, núm. 26, pp. 365-373.
- Cortés, Fernando y Fernando Tudela (1987), “Despistemología: a propósito de una polémica”, *Estudios Sociológicos*, vol. V, núm. 13, pp. 209-214.
- Grusky, David B. (1994), “The Contours of Social Stratification”, en D. B. Grusky (ed.), *Social Stratification: Class, Race, and Gender in Sociological Perspective*, Boulder (Colorado), Westview Press, pp. 3-35.
- Kuczynski, Pedro-Pablo y John Williamson (eds.) (2003), *After the Washington Consensus: Restarting Growth and Reform in Latin America*, Washington, Institute for International Economics.
- Lazarsfeld, Paul (1973), “De los conceptos a los índices empíricos”, en Raymond Boudon y P. Lazarsfeld, *Metodología de las ciencias sociales*, vol. I, *Conceptos e índices*, Barcelona, Laia, pp. 35-46.
- Williamson, John (1990), “What Washington Means by Policy Reform”, en John Williamson (ed.), *Latin American Adjustment: How Much Has Happened?*, Washington, Institute for International Economics, pp. 5-38.